

“Un dia que te sobren vitamines,
sa casa i sa teulada tan intenses,
s'al·lota s'entretén amb una planta
i deixa sa terrassa com sa Terra.

Canvies s'aigua de sa cadenera
i bufes perquè volin ses clovelles
i deixes que una verge primavera inundi
tots es metres cúbics que has pagat amb sa hipoteca
i t'estim, i jo volia fer un reggae, t'estim crec que això és
més un vals”

Antònia Font, “Vitamina sol”.

Este texto fue parte, un día, de un proyecto que yo pensaba colectivo y con el que se nos invitó a contar cómo vivíamos -distintas personas- nuestra experiencia de vivir desde una de esas familias que hoy, además de existir, pueden ya significarse públicamente en muchos lugares del mundo: se nos denomina “familias diversas”, “familias lgbt”, “familias homoparentales” y con muchas otras etiquetas y categorías. El texto no se publicó en el libro para el que fue escrito porque el editor dijo que no era igual que los demás textos. Amplié, en aquella experiencia, mucho conocimiento acerca del “yo”, de lo político y acerca de la práctica activista “por la diversidad”.²

Tejí la narración que sigue con las palabras que iban naciendo de una existencia imposible de fragmentar. ¿Qué me traían antes las cosas que iba contando? ¿El hecho de ser lesbiana? ¿El hecho de ser mujer feminista? ¿El hecho de ser mujer-feminista-historiadora?... ¿O era la existencia como madre la que nutría el relato en primer lugar? Pensaba en el nacimiento de mi hija y en sus primeros meses, y aparecían fragmentos de la historia del mundo. Recordaba cosas de distintos momentos de la

escuela y aparecían palabras políticas en el texto. Explicaba con adjetivos, verbos y sustantivos sus ojos, su sonrisa y sus expresiones y veía en las páginas escritas el raudal de sentido libre de ser madre y de ser familia que hoy, que Selva tiene ya casi diez años, pone ella también en palabras.

Selva nació en diciembre del 2005. En los meses previos a su nacimiento -cuando yo todavía vivía en Lima- el mundo que me rodeaba desde las tiendas, las oficinas bancarias, desde los coches del desordenado tráfico y la gente con la que me relacionaba en el barrio, me llevaron de un lugar a otro del orden social: de pronto, ante la evidencia de la presencia de Selva en mi cuerpo pasé, sin generar dudas, de ser “señorita” a ser “señora”. Dejaba entonces de ser una mujer sola. El cambio de atributo nada tenía que ver con la edad: “señora” significaba, básicamente, parte de alguien, de algo. Acompañada. Situada y, sobre todo, *situable*. Ubicable. En el imaginario colectivo se dio por supuesto que, si estaba embarazada, debía estar casada. Con un hombre, claro.

Mi embarazo supuso, para quien me veía de lejos y solía verme sola, la presunción de que finalmente había hecho lo que debía hacer. Y no por ser yo, sino por ser mujer: arraigar a través de una criatura.

La maternidad se concibe todavía en muchas sociedades y en el pensamiento de muchas individualidades, como una forma de arraigo: no de arraigo a una misma y al mundo, que es lo que es, sino al orden social y -cuando lo permitimos las mujeres- al orden moral también. Dos órdenes, el social y el moral, que se han construido y han sido sostenidos a lo largo de los siglos por los hombres, fundamentalmente, y en los que además ellos han ocupado un lugar u otro en función de discursos y de mandatos puestos sobre las mujeres. De esta necesidad masculina de estar en un lugar u otro del orden social y moral se desprendió la necesidad de control sobre las mujeres y sobre sus cuerpos, y de una historia llena de forcejeo

para lograrlo se ha desprendido -y se mantiene aún hoy- esta concepción de la maternidad como lo que permite a las mujeres estar en un lugar u otro de lo social porque significa un vínculo público y evidente con lo masculino, encarnado en un hombre.

Hace ya muchos años que vivimos en Barcelona y, más allá del contexto, ha sido constante mi percepción de que a la gente se le queda grande la palabra “familia” para decírnos a Selva y a mí: ¿de dónde hemos salido? ¿Somos familia, si sólo somos dos? ¿Cómo lo hicimos? También ha sido constante mi percepción, allá y aquí, de que desde que a una mujer que tenía una criatura sin estar casada se la llamaba “madre soltera”, quedando construida su identidad social en aquello que no era -esto es, casada- hasta hoy que tengo un carnet que dice que Selva y yo somos una familia *monomarental* (en el carnet dice monomarental), ha pasado el tiempo, pero poco más ha sucedido para que se hayan podido resituar las percepciones y las ideas sobre la familia constituida por una madre y su o sus criaturas. El juego de roles, la pareja como punto de partida y también la heterosexualidad pesan tanto que suponen una tela opaca que hace invisible lo más importante: la calidad del vínculo como elemento que determina la relación familiar.

Más allá de que el mundo me hiciera “señora” porque daba por supuesto que un hombre me hacía madre, lo cierto es que quien me ha hecho madre ha sido Selva, y ella a mí y yo a ella nos hemos hecho familia. Recuerdo el día que la inscribí en el registro civil: habían pasado apenas tres días desde que había nacido, era la primera vez que me separaba durante dos horas de ella y la angustia que supuso la distancia, pensando en si ella tendría hambre y yo no estaría para alimentarla, se calmó sólo en el reencuentro y cuando, aunque ella no pudiera decirme nada, le leí el libro de familia que teníamos y le sonreí diciendo “aquí pone que somos familia”.

No hubo nada previsible, mientras esperaba el nacimiento

de Selva, sobre lo que sería nuestro “ser familia”. Es el día a día y la disparidad entre lo presupuesto antes de estos diez años y lo que sucede cada día en nuestra relación y en nuestra casa, lo que va dando sentido, realidad y forma a nuestra familia. Yo, que vivo intensamente el sentido del espacio en el que vivimos y de nuestra cotidianidad mientras ella crece, seguro que pensé, como en el fragmento que he citado antes de empezar, que iba a hacer algo distinto de lo que en realidad he hecho y ha sucedido.

Para empezar, un cuento

Que las palabras son la realidad me lo ha dicho la historia muchas veces y que la realidad se construye a partir de las decisiones sobre la vida, la libertad y la muerte me lo han contado muchos hombres y muchas mujeres. En sentidos muy distintos, eso sí.

Ha sido Selva, de todas maneras, quien más y mejor me ha enseñado la conexión entre las palabras y la realidad. Ha sido Selva quien más me ha enseñado que sólo algunas palabras, las del amor, son la realidad que de verdad se toca, se huele y da vida. Yo le expliqué a Selva el cómo de su vida con un puñado de palabras que tejían un cuento. Apenas tenía meses cuando empecé a explicárselo y, a lo largo de sus primeros años, le fui añadiendo palabras. Me pedía que se lo contara una y otra vez y poco a poco fue ella quien empezó a añadirle capítulos al cuento. Nuestro cuento fue el modo de explicar la magnitud del amor y fue el modo, también, de darle a conocer a Selva lo llena que la sentía, yo a ella, de la vida que yo había vivido en el Perú. Aquel cuento fue la manera más real de contarle a Selva que había nacido como idea, como ilusión, como deseo y como amor en mi historia y que también ella tenía historia propia.

“Había habido una vez, en un lugar de los Andes, un puntito llamado Selva.³ Aquel puntito llamado Selva iba de cerro en cerro y miraba el mundo sonriendo siempre. Un día, mientras miraba todo lo que sucedía en el mundo, el

puntito Selva se detuvo y pensó “si yo soy tan feliz, seré todavía más feliz si busco una mamá y la hago feliz”. Así que el puntito Selva empezó desde aquel día a mirar más detenidamente, de lejos, a posibles mamás. Un día vio a una que le gustaba pero se dio cuenta de que tenía muchas otras hijas y pensó “¡uy, no, yo quiero que sólo me quiera a mí!” Siguió con su búsqueda y al cabo de unos días vio de lejos otra posible mamá que le gustaba, pero se acercó a mirarla de cerca y se dio cuenta de que trabajaba mucho todos los días y pensó “uy, no ¡yo quiero que esté conmigo muchos ratos del día!”. Siguió sonriendo por el mundo, atenta, y vio a otra posible mamá más, pero al acercarse se dio cuenta de que se dedicaba a la política y pensó “uy, no, a mí no me gustaría que mi madre se dedicara a la política”. Un día amaneció con toda la intención de encontrar a la mamá que realmente le gustara y me vio de lejos. Se me acercó y pensó “esta, esta sí que me gusta, porque ha nacido en un país en el que el mar es azul intenso, vive en un país en el que los cerros son muy, muy altos y el trabajo que tiene le apasiona”, y se dirigió a mi cuerpo y entró en él y empezó a crecer.

Mientras crecía dentro de mi cuerpo, el puntito Selva escuchaba la música que yo escuchaba, viajaba conmigo cruzando toda la ciudad de Lima dentro de un coche para llegar a la universidad cada día y observaba cómo yo me relacionaba con el mundo, quería intensamente y disfrutaba de que me quisieran.

Un día el puntito Selva fue visto por un doctor que me dijo “es una niña, cien por ciento seguro!”

Selva ha crecido con la certeza de que los vínculos de cuidado y de cariño son los vínculos que van dando forma a la familia, y su universo familiar está representado, siempre, por personas que la quieren y que están presentes en su manera de ir descubriendo el mundo.

Crece sin dudas y sin preguntas acerca de nuestro modo

de ser familia y se relaciona, sin dudas y sin preguntas, con niñas y con niños que tienen otras formas de familia. Hoy pienso que es fundamental, para el mundo que la rodea en el colegio, por ejemplo, la seguridad con la que ella se mueve en el vínculo por amor y por cuidado y no porque sí, y que familias como ella y yo vamos “abriendo la historia y la política a otro orden de relaciones, un orden de relaciones en el que el criterio de veracidad está dentro de cada criatura humana y simultáneamente fuera de ella, siendo resultado de la relación estética -de percepción singular y viva- de cada criatura con su origen, una relación restaurada y reevocada sensorialmente una y otra vez a lo largo de cada existencia” (RIVERA GARRETAS: 2012, 124).

Selva nació con los ojos abiertos y la mirada pensativa y expresiva. Esta ha sido mi manera de poner en palabras el hecho de que, efectivamente, abriera los ojos poco después de haber nacido: a las horas. Ha sido también mi manera de explicar que a lo largo de sus primeros meses yo sintiera, muchas veces, que ella me hablaba con los ojos. Muchísima gente al ver a Selva me decía que tenía unos ojos y una mirada impresionantes. Me lo decían por la calle, en el consultorio de pediatría, en el autobús, en las tiendas. Tengo imágenes y recuerdos desordenados, de sus primeros meses: tengo la claridad de su mirada y tengo centenares de pasajes en la memoria. Recuerdo el olor de los pañales, los paseos por las calles hasta llegar al malecón, los primeros meses en Lima, y los de los domingos por la tarde por las calles de Poble Sec, ya en Barcelona. Recuerdo el ajeteo constante del cochecito: las decenas de “por si acaso” con que salíamos siempre a la calle (los biberones, las galletas, las toallitas, los pañales, la ropa de más y la de menos ¡uf!) y recuerdo la sensación que tuve, de libertad y de que el mundo se nos ampliaba del todo, el día que la tomé de la mano y caminamos ¡sin cochecito!

Los paseos de las tardes de domingo, con el barrio lleno de persianas bajadas y con las calles algo vacías, me conectaban muchísimo, siempre, a la evidencia de que

Selva y yo éramos una familia *monomarental*: más allá del “tú y yo” logístico, aquellos paseos nos retrataban en un “tú y yo” lleno de palabras, de miradas y de hechos que sí, que nos tenían a ella y a mí en un circuito de ida y vuelta permanente.

Mientras pude, por las mañanas cuando yo me duchaba ponía a Selva en una hamaca dentro del baño para que me viera, me oyera y yo pudiera ver también que estaba bien. Cuando creció un poco más la sentaba en la trona, en el comedor, y le ponía dibujos animados en la televisión mientras yo me enjabonaba y aclaraba rapidísimamente. Por las noches le preparaba la cena en dos momentos distintos: recuerdo que dejaba la tortilla a medio hacer antes de bañarla a ella porque si después de su baño me ponía recién a preparársela ya no me daba tiempo antes de que se durmiera a dársela y mis dos manos estaban, siempre, o en la cocina o en el baño, pero nunca en ambos lugares a la vez.

Selva llegó de pronto a mi vida, como he querido expresar en el título de este texto, porque pienso que nada de lo que se va tejiendo en la mente y en la expectativa de la espera de una criatura tiene luego mucho que ver con la realidad: un “de pronto” que significa “todo”. De vivir sin ella a estar ella en todas partes y en cada momento. Desbordando. *Exuberando*, también. La llegada de Selva ha sido la evidencia de mi maternidad: de pronto, madre. Y madre del todo: en mi cuerpo, en mi tiempo, en cada una de mis palabras contándole a ella el mundo.

Cuando en los años noventa viví en Celendín (provincia de Cajamarca, Perú), la presión que el gobierno ejercía sobre las trabajadoras de Salud para esterilizar a las mujeres que acudían a la posta médica, cuando conocí a Pepe, un niño de seis años que me llamaba de lejos “Patiiiiii” y venía corriendo a abrazarme por las calles, cuando la mamá de aquel bebé de semanas que no recuerdo cómo se llamaba me lo trajo muerto en sus brazos y lloraba, yo no conocía la

exuberancia de mi maternidad, pero años más tarde, en el cuento con que le conté a Selva el inicio de nuestra familia, recordé que los cerros desde los que ella miraba el mundo se parecían muchísimo al cerro que daba a la plaza, en Celendín, desde el que yo me sentaba a pensar y a sentir lo que cada día vivía.

“Tú tienes un problema con los hombres”

Hace unos meses mi hija me preguntó, mientras la bañaba una noche: “mama ¿qué quiere decir ‘lesbiana’?” Explicándole el sentido de la palabra me di cuenta de las veces que el mundo ha dado por supuesto que, si soy lesbiana, es porque voy contra alguien, contra un algo enorme contra lo que “raramente” van las mujeres. Le dije que era una palabra que se utilizaba para nombrar a las mujeres que, para querer, para amar o para vivir, preferían a mujeres y le añadí “es decir, que no nos gustan los hombres”. Inmediatamente Selva me preguntó “pero entonces ¿a ti no te gustan el avi y el tete?” Que son su abuelo y su tío.

En mi “no nos gustan los hombres” intenté simplificar la explicación pero la confundí: ella me preguntaba qué quería decir ser lesbiana, no qué no quería decir. En todo caso su pregunta y mi manera de responderle me devolvieron a muchísimos momentos vividos a lo largo de mis años y de mis relaciones.

Cuando terminé de contarle a mi hija qué quería decir lesbiana me dijo “¡Ah! entonces yo seré lesbiana, porque yo estoy mejor con mis amigas que con mis amigos”.

Yo cuento a menudo -porque así lo vivo- que mi ser lesbiana fue y es una elección. También vivo que mi ser lesbiana tiene sentido político. Es obvio que si hago recuento de lo que he vivido puedo recordar que ya de adolescente, en el colegio de primaria y de secundaria, sentía muchísima afinidad y admiración con mujeres y hacia mujeres que de alguna manera formaban parte de mi

vida o, cuando menos, de mi cotidianidad. Pero fue en el Perú, mucho después de los veinte años, y después de haber experimentado distintas opciones de vida (desde la posible asexualidad hasta la posible heterosexualidad) que tuve la certeza de que en el ámbito de relaciones en el que mejor me sentía era en el de a dos y con otra mujer.

En esto que acabo de contar sé que hay una mezcla importante de dimensiones: asexualidad y heterosexualidad son dos términos que parecen, básicamente, del ámbito del sexo (¡como si “sexo”, a la vez, fueran pocas cosas!). Son dos términos que significan muchísimas más cosas que si alguien no tiene relaciones sexuales o las tiene con alguien del otro sexo, pero no se plantean todos estos sentidos cuando se usan coloquialmente. Cuando yo digo que soy lesbiana, y que fue una elección serlo, hablo de mi preferencia múltiple por relacionarme con mujeres. “Múltiple” porque me enriquece y me hace sentir mucho más viva la relación con mujeres en el ámbito del saber, en el del sentir, en el del deseo, en el de poner en común y en el de la emoción que significa lo que descubro de mí al lado de otra mujer.

Como mujer lesbiana he vivido, muchas veces, la frustración de que se me dijera que lo era porque “tú tienes un problema con los hombres”.

No, no lo tengo: tengo una sola vida y decidí, en algún momento de la misma, después de conocer algo de lo masculino en el mundo y algo de lo femenino, que la dedicaba a descubrir y a vivir todo aquello que me sugería lo femenino. Si hago repaso de mi experiencia vital puedo identificar, perfectamente, el tiempo en que descubrir lo que significaba ser mujer me acercó y me situó en el feminismo y el tiempo en que decidí que hacía, de mi vida, un devenir permanente por el universo femenino. De todo aquello se desprendió, sin duda, mi elección y mi gusto por las mujeres y he optado, para que se me entienda rápido y fácil, por hacer mía la palabra “lesbiana” para decirme.

Esto que yo digo de mí muchas veces, sin embargo, es poco creíble por parte de muchos hombres y también de algunas mujeres. Por eso pienso que se crea la necesidad de decir, para entender, para dar significado al hecho de que una mujer afirme que ha decidido vivir sin interesarse y sin explicarse en relación a lo masculino, que vivir así viene, seguro, de un problema. Creo que todavía vive mucha gente en el mundo sin plantearse, o sin poderse plantear, que el vínculo con lo masculino puede ser una elección: se llama patriarcado aquello que durante siglos ha ido afirmando, en una construcción no real, que todo empieza y termina en lo masculino, en la presencia de los hombres y en la relación de las mujeres con ellos.

Ser capaz de identificar el peso del patriarcado en el mundo no me ha salvado, sin embargo, de la frustración cuando algunas amigas o compañeras han explicado mi ser feminista y lesbiana como un problema. Creo que esa frustración se parece a la pregunta desconcertada de Selva cuando yo misma, para simplificar, le respondí en negativo.

Como cuando el mundo que nos rodea a Selva y a mí se pregunta cómo lo hicimos, de dónde hemos salido y, mientras tanto ella crece sin necesidad de preguntarse porque no parte ni de ausencias ni de negaciones, también así me desencuentro yo, a veces, con el mundo, cuando descubro que se me busca un vacío que yo no siento. Yo siento que soy lesbiana porque ha sido con otras mujeres, siempre, con quienes he descubierto que la vida se va diciendo y porque ha sido con otras mujeres con quienes he descubierto que “lo simbólico es el sentido libre de la vida y de las relaciones. Es un horizonte que orienta al ser humano cuando se interpreta e, interpretándose, interpreta al mundo” (RIVERA GARRETAS: 2012, 109).⁴

Ser madre de una niña e ir creando con ella, día a día, lo que se entiende por *familia monomarental* son hechos políticos y tienen mucho que ver, sin duda para mí, con

todas aquellas elecciones que hice y que he puesto en las palabras “feminista” y “lesbiana” para nombrarme. Son hechos políticos porque Selva aprende que han sido y son elecciones y que también ella podrá elegir, y porque se contrasta con quien no puede elegir y opta por un mundo en el que más niñas puedan. ¡Hablamos de esto casi a diario!

Pienso que el hecho de que ella esté en un aula, en una fiesta de niñas y de niños, el hecho de que ella establezca vínculos y el hecho de que ella se explique a sí misma y explique al mundo es político: sin duda Selva, y otras niñas y niños que viven desde familias como las nuestras, transforman el mundo. Su presencia y su felicidad, sus certezas son, seguro, un impulso y un respiro: las niñas que crezcan cerca de Selva sabrán, si algún día se plantean que quieren una vida en femenino, que una vida así es feliz. Los niños que crezcan cerca de Selva sabrán que más allá de la posibilidad de la heterosexualidad (durante siglos construida como obligación y no como posibilidad) existe la posibilidad de vidas que ponen, en el centro de su existencia, a personas de su mismo sexo. Yo creo que vidas así le van restando día a día sentido al patriarcado y a la falta de libertad.

En el año 1919, en el diario “La Nota”, en Buenos Aires, Alfonsina Storni publicaba: “esto, cuando no he presenciado dentro de los matrimonios toda serie de actitudes, destemplanzas y amoralidades, que los hijos reciben día a día dentro de la sagrada institución del matrimonio” (STORNI: 1919, 1998).

Hace casi cien años que se publicó este artículo en un diario argentino y fue una mujer quien lo escribió: la “sagrada institución” de la que habla Alfonsina no se parece en nada a la libertad relacional, basada en el amor, que Selva ha aprendido viviendo dentro de nuestra familia. No he citado a Alfonsina por cuestionar el matrimonio pero me han servido sus palabras (como me sirven siempre las

palabras de otras mujeres) para poder explicar dos ideas que siento que nombran la diferencia y el sentido político de familias como la nuestra: llevo páginas hablando de decisión, de elección y de libertad. La maternidad como elección y como decisión, la aceptación del amor y del desamor, la conciencia de que las relaciones lo son en sí mismas y no porque las sostenga institución alguna son certezas que, cuando se viven, transforman el mundo haciéndolo muchísimo más humano. Que yo viva desde una existencia feminista, lesbiana y *monomarental* y que Selva crezca aprendiendo esta complejidad (escribo en positivo, en el sentido de “riqueza”, no en el de “complicación”) le ha permitido a Selva experimentar de muchas maneras la libertad, ya: tiene, ya hoy, la experiencia, la sabiduría y la certeza de que el cuidado, el cariño y el amor -que son experiencias libres- son lo que en realidad llena de significado el cómo y el porqué de las relaciones y de los vínculos familiares.

Cuando Selva tenía tres años nos mudamos de barrio para poder tener, cada día, un poco más de tiempo para estar juntas. La conciliación entre las exigencias horarias de mis trabajos y los momentos en que yo sentía que necesitaba cuidarla más era difícil, y nos cambiamos de casa para vivir en el centro de Barcelona y tenerlo todo más cerca. Selva me ayudó en la mudanza: la recuerdo envolviendo vasos en papel de periódico para ponerlos en cajas y trasladarlo todo. La cambié de colegio y se adaptó del todo a las nuevas relaciones: recuerdo muchos de sus descubrimientos entre los tres y los seis años en el colegio, en el barrio y en el mundo, cada vez más amplio para ella. Creo que fue entre los tres y los seis años cuando Selva fue descubriendo la poca distancia que existe entre una y el mundo: descubrió que le gustaba la naturaleza, que le gustaba lo que sucedía en el barrio cada vez que había fiestas populares, descubrió muchas cosas de las lenguas en las que se expresa y descubrió que su entorno de amigas y amigos, en el colegio, era un entorno que llenaba mucha de su cotidianidad también. Creo que fue el tiempo en el

que se supo, de alguna manera, en el mundo: ella en algún lugar del mundo. Tal vez fue el tiempo en el que yo viví, también, progresivamente, que Selva ya no sólo estaba en el mundo por mí, a partir de mí, en relación a mí: estaba en el mundo y yo la seguía cuidando en lo básico y en lo menos básico. Estaba en el mundo y nuestra relación de cariño y nuestra manera de ser familia seguían siendo fundamentales, como lo son hoy, pero yo iba viendo su manera de crearse un lugar y ella iba viendo, también, a su madre como alguien con vida propia. Mi experiencia es que este hecho es fundamental en la relación entre madre e hija y que contiene todo lo vivido y aprendido antes, y prepara para todo lo que se vivirá y aprenderá después. Durante aquellos años yo aprendí a explicarle cosas que ella quería descubrir. Aprendí a explicarle el mundo con palabras que entendiera. El hecho de verla cada vez más en un lugar propio y de ir aprendiendo a explicarle todo aquello que quería saber puso un punto y seguido a nuestra relación familiar: entramos a otro momento de nuestras vidas.

Cada palabra en masculino, cada palabra en femenino

“Se ha empleado el término ‘hombre’ como sinónimo de ser humano en general, de modo que una parte de la humanidad se presenta como representante de la totalidad. Lo femenino queda excluido del mundo de la representación y de la cultura” (TUBERT: 2011, 15).

Páginas arriba he escrito que quien más me ha enseñado la conexión entre las palabras y la realidad ha sido Selva. Yo le he enseñado a Selva que lo que no se nombra no existe y que la economía de las palabras es una trampa. Le he enseñado, a lo largo de estos años, que tampoco las palabras son neutras y que cuando las usamos las mujeres no invisibilizamos a nadie pero nos decimos en el mundo porque lo estamos. Creo que siendo ella y yo mujeres, yo lesbiana, y las dos familia *monomarental*, además, hay muchísimas palabras que se usan en lo cotidiano que -desde el histórico afán masculino por invisibilizar lo femenino que hay en la vida- nos han hecho experimentar,

a Selva y a mí, en ocasiones, cierta ajenidad. Nos han hecho experimentar que aquello de lo que se hablaba no tenía nada que ver con ella y conmigo.

Selva me ha explicado más de una vez, cuando me narra su día de colegio, que “y entonces han dicho que los niños hicieran tal cosa y yo no la he hecho... ¡claro, como sólo han dicho que la hicieran los niños!”... y es que yo le he enseñado a Selva que “niños” no incluye a “niñas” y que “padres” no incluye a “madres”. Que decir “los hombres” o hablar siempre en masculino plural no incluye a “las mujeres” ni a lo femenino plural. Y le he dicho que si sus maestras hablan así en clase, se equivocan: que las corrija porque será un bien para todas y para todos.

Así como cuando yo estudiaba en la universidad y leía aquello de “el hombre medieval” buscaba algo que hablara de alguien más entre las páginas siguientes de los libros, la primera vez que acudí a una reunión convocada por la “escuela bressol”⁵ de Selva y dijeron que “los padres pasáramos a tal sala”, miré a mi alrededor para ver a quién se dirigían aquellas palabras porque estaba claro que a mí, no: de pronto pensé “¡con lo importante que es para Selva y para mí la experiencia de lo materno y ahora, de pronto, se lo han cargado!”

Creer -porque yo he crecido también siendo la madre de Selva- en el seno de una familia *monomarental* me ha enseñado, muchísimo más de lo que ya sabía, que no ha disminuido la necesidad, en el mundo, de visibilizar lo femenino y lo materno: lo he sentido en la piel cada vez que he tomado conciencia, en primera persona, de que se sigue usando una pauta de representación que no nombra la riqueza de estas dos existencias. Siendo Selva niña y yo mujer y madre he sentido muchas veces, en la piel, que las palabras que se usan no me nombran y que se pierde, entonces, el mundo, la riqueza que somos Selva y yo. Lo somos, sin duda, porque somos una experiencia de libertad y de responsabilidad y lo somos porque todavía existe

mucha gente en el mundo que no sabe de la libertad y que no sabe de la felicidad que significa la capacidad de responsabilidad.

Recuerdo que la primera vez que vi el logo del AMPA⁶ en el colegio ya de primaria y me acerqué a constatar que se trataba del dibujo de una señora rubia, un señor y dos criaturas, le dije al equipo directivo del centro que ya me encargaría yo, pero que aquel logo no representaba prácticamente a nadie, en la escuela, y que había que cambiarlo. Me miraron todas con cara de sorpresa y a la vez de aceptación, con un sutil “es verdad ¿no?”. Al cabo de poco tiempo pusimos un dibujo en el que había familias con dos madres, familias con dos padres, familias monomarentales, familias con padre y madre y, además, de distintos lugares del mundo: se notaba en los tonos de piel y en las indumentarias de los personajes dibujados. La escuela de Selva es una escuela cuya población de niñas y niños está adscrita a 36 nacionalidades distintas. He olvidado comentar que, en el logo primitivo del AMPA, la señora era rubia y tanto el señor como la señora vestían como se viste generalmente la población local. No sé cuántas familias, en la escuela, se han percatado del nuevo logo -que ya hace al menos cuatro años que existe- pero sí sé que el nuevo logo nombra la realidad que ya éramos en la comunidad educativa de la escuela de mi hija: que no inventa ni impone a nadie que no existiera y que ahora muchísima más gente se ve reflejada en él. La señora rubia, el señor vestido de local siendo parte de una pareja heterosexual siguen existiendo en el logo nuevo pero ya no son los únicos que representan a la totalidad y diversidad de familias que somos en el colegio.

Creo que vivir en un cuerpo de niña, tener una mujer madre y haber aprendido que las palabras deben nombrar y no restar significado a la riqueza que suponen las diferencias y la diversidad le ha enseñado a Selva a sentirse libre y a compartir su libertad. Selva sabe, además, lo que se siente cuando las palabras no te nombran o

te invisibilizan y sabe que cuando ella las usa le está contando al mundo que todo existe, no que sólo existe una parte y la otra no.

Tan feliz como yo, tan libre como yo: la escuela primaria como lugar político

El nombre de Selva nació muchísimos años antes que ella en mi deseo. Una mañana de sábado, en el Perú, como todos los sábados, cogí el coche del año 72 que conducía y llegué más allá del río Rímac, al convento de los franciscanos descalzos. En aquella época, que debía ser el año 99 o 2000, yo daba clases en múltiples lugares de formación de religiosos y de religiosas. Había estudiado muchísimo la historia de la iglesia, la conocía bien, sabía explicarla y mi tendencia feminista gustaba a muchas congregaciones de mujeres que me pedían que, además de las asignaturas curriculares que impartía, hiciera investigaciones sobre sus orígenes o les diera charlas sobre sus fundadoras. Aquel día impartía un taller, no recuerdo muy bien de qué, a alumnas y alumnos que no conocía y que no volvería a ver después de aquella mañana. Me había invitado a impartirlo una mujer, religiosa, que recuerdo que a mí me fascinaba. Me fascinaba la conexión que tuvimos desde el principio en el modo de entender el pensamiento teológico y la historia de la institución eclesiástica y me fascinaba su sobriedad mezclada con su ternura. Me fascinaban sus ojos, también: hablaban y callaban. Recuerdo que era argentina. En aquel momento, unos años después de su llegada a Perú, ella dirigía el centro de formación de religiosas y religiosos de la familia franciscana en el Perú.

Para empezar pregunté el nombre a cada alumna y a cada alumno, y al llegar a una muchacha vestida con hábito y velo marrones su rostro se levantó para mirarme y decirme “yo me llamo Selva”. De pronto vi brillo e ilusión en aquella muchacha. Cuando terminé el taller y fui a buscar el coche, abriendo la puerta llamé a una amiga y le dije “cuando tenga una hija se llamará Selva”. Vi libertad y felicidad en aquella muchacha cuando se afirmó diciendo su nombre.

Viviendo en el Perú, mucha gente durante mi embarazo me reprochó que pensara en un nombre así para mi hija: si iba a vivir allí, me decían, las niñas y los niños se reirían de ella en el colegio porque en el Perú “lo selvático”, “lo serrano”, “lo cholo” y tantas otras diversidades son, porque lo han sido históricamente, motivo de exclusión y de burla. Supe, siempre, que mi hija hablaría con la voz y con la mirada cuando dijera su nombre. Hay mucho de libertad en su nombre y hay algo, también, de libertad, en mi decisión de llamarla Selva. “Selva” significa muchas cosas para mí y contiene, además, la densidad de mis años vividos en el Perú. Yo deseo que Selva crezca libre y que decida siempre en función de aquello que ella sienta que es una certeza: como cuando yo decidí nombrarla así a pesar de la presión del entorno, o como cuando yo decidí, a pesar de lo fundamental que para mí era el Perú, venir a vivir con Selva a Barcelona.

En su día a día le he hablado y le hablo siempre de libertad y su escuela es, hoy, el lugar que más político resulta para mí porque es el lugar en el que más amenazas siento que hay para un desequilibrio entre el mandato aprendido y la libertad vivida.

“Bajo otro punto de vista: admitiendo que la principal misión de la mujer sea la maternidad, estará bien la que encuentre un esposo amante, honrado y apto, que sepa administrar los bienes matrimoniales, si los hay, o ejercer un trabajo para proporcionar la subsistencia a la familia; pero la que se casa con un libertino que malversa la fortuna, con un inepto incapaz de aportar, el más mínimo recurso, como pasa en muchos casos ¿qué hará no teniendo ella tampoco aptitud ni facilidades, para dedicarse a un trabajo fructuoso?” (ALVARADO: 1911, 2011).

María Jesús Alvarado pronunció estas palabras en el marco de su conferencia “El feminismo” ante “la sociedad geográfica de Lima” en el año 1911. Era la primera vez que una mujer, en América, explicaba públicamente

qué era el feminismo. Han pasado más de cien años y yo escribo desde Barcelona, pero a mí me preocupan las mismas cosas que a aquella mujer, aunque yo no tenga que usar ni la palabra “maternidad” ni la palabra “esposo” como mandatos. Me ocupa dotar a Selva de cuantas más posibilidades de decisión mejor y me preocupa, fundamentalmente, que todavía existan espacios de relación en los que las palabras son neutras, lo femenino se hace invisible, la heterosexualidad se da por descontada y la diferencia y la diversidad se traducen en desigualdad. Me gustaría que Selva supiera siempre, como lo sabe ahora, que se puede elegir a quién querer, que nadie debe decirle a nadie cómo debe vivir y que en el mundo todo aquello que se da por supuesto, si no se cuida, termina por desaparecer. María Jesús Alvarado defendió que las mujeres debían poderse educar para poder vivir libremente y yo hoy pienso que Selva, y las niñas y los niños que hoy tienen su edad, deben poder elegir cómo quieren vivir. Parto de la certeza de que quien puede elegir va haciendo suya una forma de empatía que le permite querer, conocer y entender, mucho más, todo aquello que está más allá de una, de uno.

Hemos logrado desplazarnos muchísimo, ya, de esto que sucedía hace años en Argentina, por ejemplo: “En 1920 los niños y las niñas de mi país aprendían a leer con un libro titulado Nuestro libro. Estaba destinado al segundo grado de la escuela primaria. Una de esas lecturas decía: ‘Las mujeres debemos quedarnos en nuestras casas a zurcir medias, a remendar ropas, a barrer y a cocinar, mientras que los hombres se ocupen de la política y de dictar leyes’” (LOBATO: 2012, 187).

Pero mi experiencia como madre que acompaña a crecer a una hija escolarizada hoy, en una escuela en Barcelona, y como madre en una familia *monomarental* es aún de deseo de transformación. Yo pienso que “la educación para la igualdad está agotada; no porque haya fracasado sino porque ha llegado a su cumplimiento, a su triunfo. Aunque queden muchas injusticias y desigualdades, nadie piensa

ya que es bueno que haya obstáculos sociales que impidan o dificulten el estudio y el aprendizaje de nadie que desee aprender porque, como hacen las madres, hemos tomado conciencia de que la educación ajena multiplica hasta el infinito mi propia educación. Hoy la educación exige ser pensada y practicada según la medida de la realidad que está naciendo de las consecuencias de la revolución femenina del siglo xx” (RIVERA GARRETAS: 2012, 16).

En muchos momentos de las primeras páginas de este texto he hablado de la dificultad que tiene el mundo para nombrarnos a Selva y a mí como familia *monomarental* sin hacerse preguntas, y a mí como mujer lesbiana sin pensarme desde una ausencia o desde un problema. Pero lo cierto es que Selva y yo hoy existimos y lo cierto es que ella y yo somos, hoy, la familia que somos, porque hubo en el siglo XX aquella revolución femenina, y por amor. En muchos momentos de la vida escolar de Selva he sentido la necesidad de tener que construir, todavía, un puente fácil por el que transitar de casa al colegio porque he experimentado que había piedras en el camino: como si en la escuela, las niñas y los niños de familias distintas a la nuestra, necesitaran todavía preguntarnos a Selva y a mí por qué somos nosotras las distintas y se creara entonces una distancia entre la realidad de casa y la de la escuela. Esta sensación me ha impulsado siempre a estar yo en la escuela. A ser yo la que pasara por el puente para pedir a las maestras que nos pusiéramos a trabajar juntas: porque si Selva sabe que se puede elegir a quién querer, hay que encontrar la manera de que otras niñas y niños lo sepan. Porque si Selva sabe que su familia es quien la quiere, hay que encontrar la manera de que las niñas y los niños que crecen a su alrededor en el aula sepan que también ellas, también ellos podrán dar un sentido propio y real a la familia.

No nos siento un paradigma: mi propuesta es y ha sido siempre, en la escuela, que apostemos por lograr visibilizar todas las formas de felicidad. Creo que Selva crece, aprende

y se relaciona en la mejor de las escuelas posibles y, entendiendo que la apuesta por alumbrar todas las formas de felicidad a veces desorienta, he visto también, siempre, en las mujeres que enseñan en la escuela de mi hija, ganas de ir más allá en cómo trabajar y educar.

Que el amor es la mediación con lo real lo he aprendido en los vínculos, en los libros,⁷ y en los ojos de Selva. Que “lo real” no es lo social, ni lo estándar, ni lo cómodo, también es algo que he aprendido amando. El hecho de ser parte de una familia *monomarental* pone en evidencia que he podido gestionar, siempre, mi propio lugar en el mundo sin necesidad de ser parte de ningún estándar social por tener relaciones legales. Creo que esa libertad ha hecho todavía mayor el sentido de familia que tenemos Selva y yo: en casa, cuando se quiere, se es familia.

BIBLIOGRAFÍA:

ALVARADO, María Jesús. “El Feminismo” en *Biografía y manifiesto*. Ministerio de la Mujer y Desarrollo Social. Lima 2011.

LO RUSSO, Giuditta. *Hombres y Padres*. Ed. Horas y Horas. Madrid 1998.

LOBATO, Mirta Z. “El poder de las mujeres: contrapuntos y torsiones en perspectiva latinoamericana” en *Entre dos orillas*. PÉREZ-FUENTES, Pilar (ed.) *Las mujeres en la historia de España y América Latina*. Ed. Icaria. Barcelona 2012.

RIVERA GARRETAS, María-Milagros. “El cuerpo, el género, lo queer”, en FERNÁNDEZ, Antonia y LÓPEZ, Marián. *Contar con el cuerpo: construcciones de la identidad femenina*. Ed. Fundamentos. Madrid 2011.

RIVERA GARRETAS, María Milagros. *El amor es el Signo. Educar como educan las madres*. Ed. Sabina, Madrid 2012.

STORNI, Alfonsina. “¿Quién es el enemigo del divorcio?: 5 setiembre de 1919”, *Revista La Nota*. Buenos Aires. (Publicado en la recopilación de escritos de la autora: *Nosotras...y la piel*. Ed. Alfaguara. Buenos Aires 1998.

TUBERT, Silvia. “Desórdenes del cuerpo, el retorno de lo excluido” en FERNÁNDEZ, Antonia y LÓPEZ, Marián (*Ob.cit.*).

Notas:

¹ En este texto, como siempre que escribo, invento palabras. Las “inventó” es una forma de decir: me refiero a que uso palabras que son femeninas y palabras que he aprendido de conectar lo que vivo con el modo de nombrarlo. Palabras de las que enseñamos las madres cuando llevamos de la mano a la criatura por el mundo. Estas palabras, sin embargo, no existen en el diccionario de la Real Academia, ni en el de los correctores en los

ordenadores. Son palabras que tampoco han sido aceptadas en el marco de los pactos entre instituciones para reglar el uso de la lengua. Las escribiré en cursiva.

² A partir de aquella versión he reescrito esta.

³ Le hablé a Selva siempre, desde que era una ilusión, en catalán. El cuento se tituló “el conte del puntet Selva”, y todas las palabras que contiene suenan muchísimo mejor en catalán que en castellano, pero en este texto aparecerá en castellano, aunque las palabras que nombran la realidad también son, fundamentalmente, la lengua en la que se dicen y la lengua de este cuento, como la de las otras palabras con las que le he ido descubriendo a Selva el mundo que yo conozco son lengua materna.

⁴ Estas palabras son tan importantes para mí -porque me ayudan a explicarme como mujer lesbiana- como estas otras: “por eso, alegremente, nos lo quitamos todo o casi todo de encima y, para ser libres, que era nuestro deseo, nos desplazamos a otro lugar. Solo el conocimiento universitario, tal vez porque la idea de género nació en su seno, entre universitarios gais de los Estados Unidos, se quedó fijado en esta idea”, de la misma autora, en el texto “El cuerpo, el género, lo queer” en la obra colectiva de 2011, p. 58). Son importantes para mí, estas otras palabras, porque también me ayudan a nombrar la distancia que experimento, como investigadora y como profesora universitaria, respecto al pensamiento académico masculino y respecto a muchos hombres en la universidad que intentan explicarnos a las mujeres, casi siempre, desde ausencias, vacíos y negaciones.

⁵ Es el nombre que corresponde, en Catalunya, a la escuela que acoge a niñas y a niños de 0 a 3 años.

⁶ “Asociación de Madres y Padres”, que existe en todas las escuelas y que hoy felizmente empieza a llamarse “AFA, asociación de familias”.

⁷ En el libro que he citado en repetidas páginas de este texto, de María-Milagros Rivera, aparece esta idea.

Recepción del artículo: 15 mayo 2014.

Aceptación: 10 octubre 2014.

Palabras clave: Política sexual - Lesbianas - Educación
- Educación primaria - Libertad femenina - Familias
monomarentales.

Key-words: Sexual Politics - Lesbian Politics - Education
- Primary School - Feminine Freedom - One-Mother
Families.